

## *Andrés Bello, Humanista*

*Hugo Montes*

Hace doscientos años nació Andrés Bello, el intelectual más famoso de América. ¿Qué decir acerca de él, luego de los innumerables estudios que le han dedicado escritores del mundo, especialmente de Venezuela y de Chile? Por otra parte, ¿cómo callar en este aniversario tan significativo?

Valga como metodología una actitud inicial de desconfianza. La duda es inevitable frente a un intelectual que cultivó a la vez el Derecho, la Lingüística, la Filosofía, la Historia Literaria, la creación poética, la educación, el periodismo, la política; que, además, fue director de un colegio, fundador y rector de universidad, director de la Cancillería, traductor del latín, del italiano y del francés.

En la era de los especialistas —la era de hoy— esto nos parece más que excesivo.

La historia académica, sin embargo, tiene una palabra importante que decir al respecto. Empezó a pronunciarse ya en ese bosque de Academos, donde se paseaba Platón discuriendo acerca de la República, del amor y la amistad, de la belleza, de la física y de la metafísica, de la educación. Resulta que los grandes del pensamiento y del quehacer humanos han sido a menudo múltiples, no especialistas. Así Aristóteles, Tomás de Aquino, Leonardo de Vinci, Pascal, Leibniz, Kant, Goethe. Con los dos últimos llegamos al tiempo de Andrés Bello. Es sabido que el filósofo alemán fue un talentoso astrofísico, reformulador de las teorías de Laplace, y que el autor de FAUSTO hizo avances considerables en la óptica y en la anatomía humana.

¿No es posible volver al encuentro de los expertos en humanidad, en sociedad, en vida? ¿Es un sueño sin sentido la reaparición de los humanistas del Renacimiento, por ejemplo, que sabían tanto de teología cuanto de leyes o de medicina?

Pero volvamos al caso de Bello. Resulta que el cultor de tantos quehaceres y disciplinas sobresalió en todos y en todas, sin excepción. Jurista sí, y principal redactor de un Código Civil con más de cien años de vi-

gencia. Lingüista que Menéndez Pidal cita en la bibliografía fundamental de sólo ocho autores, de su *MANUAL DE GRAMÁTICA HISTÓRICA ESPAÑOLA*; historiador de las letras que anticipó la teoría —hoy verdad demostrada— de la prioridad cronológica de los cantares de gesta sobre los respectivos romances viejos; traductor que, según el autorizado decir de Menéndez Pelayo, “hizo milagros”. Como poeta fue considerado el principal lírico de Hispanoamérica anterior al modernismo y sus poemas resisten el más riguroso análisis de la ciencia de la literatura contemporánea. García Bacca y el padre Julio Jiménez han sabido apreciar su interesante cultivo de la filosofía.

En fin, nos admira que don Andrés no sólo haya hecho muchas cosas, sino que todas las haya hecho bien.

Y surge una nueva pregunta: ¿Qué buscaba tras esta multitud de saberes y actividades? La respuesta, aunque sabida, hay que decirla, repetirla y escudriñarla: Bello era un humanista.

La palabra es ambigua. La tomamos, empero, en una significación precisa, la que recibió en la plenitud del Renacimiento. Los humanistas de entonces —piénsese en Erasmo, Vives, Vico, Luis de León o León Hebreo— tenían por característica común el estudio de las letras —filosofía y literatura, principalmente— de la Antigüedad greco-latina. Virgilio y Cicerón, Horacio, Séneca, los grandes trágicos, Aristóteles, Platón, eran estudiados por ellos no menos que la Biblia por los teólogos. Se trataba de descubrir en esos escritores la visión de una humanidad que, por muchos capítulos, pareció ejemplar y que, por consiguiente, había que presentar como modelo a las nuevas generaciones. No era el suyo, entonces, un estudio tan gratuito como podría parecer hoy; si iban a Cicerón o Virgilio, por citar los casos más corrientes, era para mostrarlos como maestros a la juventud, maestros de vida, de relación social, de organización de la república, de quehacer artístico.

Andrés Bello discurrió por el mismo cauce. De allí su aprendizaje de lenguas extranjeras, del latín sobre todo. Se trataba de disponer de claves para abrir las puertas de las culturas respectivas y así entrar en contacto con las grandes figuras que las representaban de manera eminente. Se echaban con ello asimismo las bases del conocimiento cabal del idioma propio, de las posibilidades de estudiar sus raíces y de hacer calas comparativas, siempre necesarias en Lingüística.

Esta amplitud y este desinterés en los estudios es su primera gran lección. Para ser maestro se requiere haber sido previamente buen discípulo. Bello lo fue, de niño, en Caracas, en el Convento de la Merced; luego en el Seminario de Santa Rosa y, en fin, en la universidad caraqueña.

El fraile mercedario Cristóbal de Quesada lo inició en el latín. Era un consumado latinista que tuvo a su cargo la dirección de la esplén-

dida biblioteca conventual. Los Bello vivían enfrente, y el joven Andrés se hizo su asiduo visitante. Amunátegui afirma que el padre Quesada era profesor excepcional, que había ganado fama de ser uno de los mayores latinos que se conocieran, y de seguro el primero a la fecha en Venezuela. Textualmente, dice: “Era, no un gramático adocenado de esos, como había muchos que se sabían reglas de Nebrija, y traducían chapucera-mente a Cicerón y Virgilio, sino todo un letrado de gusto cultivado y exquisito, que comprendía las bellezas de los clásicos, y las saboreaba. Grande admirador de esos autores selectos, se deleitaba leyéndolos, y experimentaba un entusiasmo fervoroso por producciones de cuyos primores era apreciador muy competente”.

El maestro y el joven discípulo se entendieron desde el primer momento. La inteligencia y la aplicación de ambos fue puente que los unió para siempre. También el método de trabajo, sobre el cual de nuevo oímos a Amunátegui: “La enseñanza fue muy atractiva, cuando vino el caso de traducir. El padre Quesada se iba deteniendo en cada pasaje notable para hacer que Bello se fijase en las calidades del estilo, o en la naturaleza de los pensamientos”. Y añade:

“No limitándose a las simples reglas de la gramática, le enseñaba prácticamente, y sobre el modelo mismo, puede decirse, las de la composición, los vicios en que suelen incurrir los escritores, el modo como los han evitado los hombres de talento. No descuidaba nada, ni el lenguaje, que analizaba con facilidad, ni las ideas, que juzgaba con discernimiento. Hacía sus lecciones simultáneamente extensivas a la gramática y a la literatura, a la letra y al espíritu . . .”

He pensado más de una vez en la significación de esta enseñanza del padre Quesada. Sin impacientarse con un niño, sin pretender abrir escuela ni tener discípulos numerosos, se entregó generosamente a su único alumno. ¡Cuántos discípulos indirectos, sin embargo, logró! El verdadero maestro no ha de preocuparse por la cantidad, por el número, por la importancia mundana de sus lecciones, sino por el saber mismo y por la calidad de la persona a quien enseña.

Su principal preceptor universitario fue don Rafael Escalona, hombre de méritos excepcionales, por la seriedad y la amplitud de sus conocimientos. Bello conoció la escolástica, pero no se quedó en ella, sino se adentró en la filosofía de la Ilustración. Amó las letras antiguas, mas al mismo tiempo acompañó a Humboldt en su misión de reconocimiento científico de las tierras americanas, cuando tenía dieciocho años de edad. Estudió un año medicina. No se olvide que después podría escribir con propiedad acerca de cosmografía, salud pública, agricultura, química y medicina. Alcanzó en la universidad el grado de Bachiller en Artes, es decir, el reconocimiento académico por estudios vastos, generales, formativos y, si se quiere, básicos.

Llega así, bien equipado, a Europa. Sabía bien lo que deseaba, lo que buscaba. Y siguió estudiando. Se formó ahora en la filosofía liberal. Supo del positivismo de Stuart Mill, Locke y Bentham; cultivó la amistad de James Mill, padre del anterior; tuvo que estudiar sus manuscritos, y puede decirse que *vivió* en el Museo Británico, adonde, a menudo, llevaba a sus propios hijos. Los casi veintitrés años vividos en Londres completan definitivamente su formación.

Ya en Chile realiza una intensa labor directamente pedagógica: el Colegio de Santiago, su casa y la Universidad de Chile.

Quisiera destacar, por menos conocida y más original, su actividad pedagógica libre, suelta, en su casa, ocurrida desde 1832, luego de la clausura del Colegio de Santiago. Trabajaba con el sistema de casos. El lugar era su biblioteca, muy escogida. Todas las consultas de libros se hacían bajo la dirección del maestro. Las materias eran variadas, sobre todo se estudiaba la lengua. Se realizaba un curso completo de Filología, que comprendía desde la historia general del idioma hasta la gramática sistemática misma. También se estudiaban cuestiones de Derecho, Historia o Filosofía. Especial importancia se daba al Derecho Romano. Por cierto, no podía faltar el latín.

El método, ya se dijo, era activo. Bello no partía con una explicación. Sólo conversaba, principiando por proponer un problema para discurrir sobre él con los discípulos. En las conversaciones, nos dice Lastarria, “discutía y discurría él mismo, casi siempre fumando un enorme habano, hablando parcamente, con pausa y sin mover un músculo de sus facciones . . .”

Los discípulos eran jóvenes veinteañeros. Se formaban en una especie de *college* de estudios generales, previo a la especialización propiamente profesional o universitaria, aunque varios de estos ramos servían para alcanzar el título de abogado. Tenemos algunos nombres: sus hijos Francisco y Carlos Bello; Manuel Antonio Tocornal, Salvador Sanfuentes, Diego Tagle (que fue profesor de latín en el Instituto Nacional), Lastarria, Bilbao, Aníbal Pinto, Manuel Antonio Matta, Javier Rengifo . . .

Salían del aula con entusiasmo de conversos “a difundir las ideas y el método del maestro: éste no descuidaba de estimular a los que ya eran profesores en los colegios de Santiago a que propagasen el estudio de la lengua y de la literatura”, según recuerda Lastarria.

Y don Andrés resumía sus enseñanzas en escritos que luego aparecieron como libros. Sabemos, por ejemplo, que su *TRATADO DE LA CONJUGACIÓN* y los más interesantes capítulos de su *GRAMÁTICA CASTELLANA* fueron discutidos en aquellas largas conversaciones de su hogar.

Se comprende, así, el enorme influjo de este magisterio, que puede decirse fue avasallador. Tuvo resonancia nacional, ya en el tiempo mismo en que se impartía. Bello presentaba a sus alumnos a que rindieran exámenes en el Instituto Nacional. Sobra decir que alcanzaban siempre las

mejores calificaciones. Es sabido que en una oportunidad el propio Presidente de la República, don Joaquín Prieto, asistió a estos exámenes, tanto para darles realce cuanto por el interés de cerciorarse personalmente del saber de don Andrés y sus discípulos. La prensa, incluso, solía publicar sueltos al respecto. Encontramos uno en *EL ARAUCANO* del 12 de febrero de 1832, el cual informa que el señor Bello presentó a examen de derechos natural y de gentes a sus discípulos. Concurrió Su Excelencia el Presidente de la República. Los alumnos se desempeñaron airoosamente, y con aquella claridad y precisión que manifiestan la posesión de los principios al desarrollar los conocimientos que se adquieren en el estudio bien dirigido de las ciencias.

Bello era maestro al margen de toda aula, aun de la tan informal de su casa habitación. Lo era en cuanto descubría discípulos y los alentaba, en cuanto usaba con ellos —sin que ellos se percatasen— recursos pedagógicos eficaces; en cuanto, en fin, tenía un ascendiente natural derivado de su saber y de su estimación personal por los alumnos. Miguel Luis Amunátegui nos cuenta un hecho que a él mismo le ocurrió y que es extraordinariamente revelador de esta maestría extraprogramática, como tal vez se diría hoy.

Se conocieron en el Instituto Nacional, en uno de los exámenes de latín que Amunátegui debía rendir. Buen examen, y de inmediato don Andrés se fijó en él. Y la pregunta, al parecer sin ninguna intención, acerca de la opinión del joven sobre las Odas de Horacio. La respuesta muy positiva agradó a Bello, el cual, no obstante, manifestó especial interés por las *EPÍSTOLAS* y las *SÁTIRAS* del poeta latino, obras que Amunátegui conocía sólo a la ligera. “Por esto, cuenta, me despedí lo más pronto posible, y aunque el bondadoso maestro me invitó con exquisita cortesía, y con evidente sinceridad, a que volviese a verle, me guardé muy bien de hacerlo hasta que hube leído y repasado todas las epístolas y sátiras de Horacio”.

La anécdota no termina aquí. Va Amunátegui donde don Andrés, ufano de sus conocimientos de la obra completa de Horacio y muy dispuesto a lucirse. Mala suerte, sin embargo. Ese día a Bello sólo se le ocurrió hablar de las comedias de Terencio y de Plauto. Otra vez el discípulo hubo de tocar retirada, pues se desesperaba de mostrar su ignorancia. Y el hecho se repitió no en dos, sino en varias ocasiones, lo que obligó a Amunátegui a leer los escritos de Lucrecio, Propertio, Catulo, Persio, Marcial y otros, que de otro modo no habría leído jamás. “Es claro —concluye Amunátegui— que lo que a mí me pasó sucedió del mismo modo a la mayor parte de los jóvenes que se acercaban a Bello, quien se mostraba severísimo para condenar la falta de afición a la lectura”.

Andrés Bello no era sólo un intuitivo, un hombre que —dentro de su adustez— sabía comunicarse con la juventud. Era eso y más que eso: pen-

saba con ideas claras y fundamentales sobre la educación misma. Y ello, en la misma medida que, como humanista, tenía una concepción definida del hombre y de la sociedad.

Confiaba en el hombre, pero pensaba que había que hacerlo avanzar hacia un desarrollo pleno, tanto individual como socialmente. Este avance venía con la educación. Esta era, a su juicio, motor necesario para adelantar. Como buen ilustrado, creía que la felicidad del hombre y de los pueblos se ligaba de manera estrecha con su educación. No había desgracia mayor que la ignorancia y la incultura. De allí que luchara por la enseñanza en todos los frentes: en la instrucción primaria, en el liceo y en la universidad. Pero no quería imponer nada. Era, a pesar de sus ideas conservadoras, un decidido partidario de la libertad. Luchó tesonadamente, por ejemplo, contra la censura que imponía la autoridad pública a la importación de libros. “Estamos convencidos —escribe ya en 1833— de la insuficiencia de todo sistema de censura... Lamentamos el mal que no puede menos de producir la lectura de tantos libros en que se hace descaradamente la guerra a la religión y a los principios conservadores de las sociedades humanas; pero este mal existe, ha existido siempre, y las medidas de precaución que se han puesto en práctica no han hecho más que agravarlo, produciendo al mismo tiempo otros males gravísimos”. Al año siguiente volvía con igual fuerza a tratar el mismo tema. Sólo en 1878, ya fallecido Bello, el Gobierno abolió la censura previa para la internación de libros impresos. Sin embargo, él logró suavizar esa censura. Y, más importante, dio un testimonio y abrió un camino.

Pero, ¿cómo se generó históricamente la libertad de los pueblos? La respuesta de Bello es clara: Con el desarrollo de las letras. Letras significa en el contexto más que literatura, significa humanidades, sabiduría humana. Todas las disciplinas se tocan y forman parte de un único sistema, capaz de dar a los espíritus un goce superior, puro y desinteresado. Su cultivo se justifica por sí mismo. Eleva, además, la moral de los individuos y los pueblos. Y tiene, en fin, un dinamismo propio que lleva naturalmente a la propagación de las luces.

No olvida Bello, por cierto, la aplicación práctica de la ciencia y de las letras. Ellas permitirán preparar a los profesionales que la sociedad necesite: los ministros del culto, los juristas que harán y aplicarán leyes justas, los economistas capaces de mejorar las finanzas e incrementar la riqueza, la medicina que dará salud y evitará muchas enfermedades, los físicos y matemáticos que pondrán sus conocimientos al servicio del nacimiento y desarrollo de la industria.

Cuidado, sin embargo, con el empirismo ciego. “Para guiar acertadamente la práctica —recuerda el flamante Rector, en su Discurso de Instalación de la Universidad de Chile— es necesario que el entendimiento se eleve a los puntos culminantes de la ciencia, a la apreciación

de sus fórmulas generales". Y como la expresión más alta de esta elevación espiritual, Bello apunta a las bellas artes, a la creación poética, desde luego.

Ya se ve, nada queda fuera de esta visión tan equilibrada como completa, nacida en la propia experiencia de un saber múltiple, a la vez que armónico.

Sí, don Andrés Bello —venezolano, chileno— maestro de América, tiene una palabra viva también para los jóvenes, los hombres y las instituciones de hoy.

Palabra de humanista, de latinista, de estudioso universal. Nuestro deber es escucharla, discutirla y, en lo que corresponda, ponerla en práctica.

#### ABSTRACT

The author presents an analysis of Andrés Bello as a defender of classical humanism, within the scope of his vast labours in Latin America. He points out his exceptional capacities as a teacher, based on his faith in man, whom he wanted to see advancing towards a full development, both as an individual and as a social being, through education and love of freedom, generated, according to Bello, by the progress of wisdom, including the practical application of the arts and sciences. It should also be signaled out that Bello's humanism owes much to his command of Latin, which permitted him to deeply understand the culture of the classics, law and Spanish language.

#### BIBLIOGRAFÍA

- AMUNÁTEGUI, Miguel Luis, Vida de don Andrés Bello. Publicaciones de la Embajada de Venezuela en Chile, Santiago, 1962, pp. 7, 8, 240.
- BELLO, Andrés, Artículo aparecido en *El Araucano* del 10 de mayo de 1833.
- BELLO, Andrés, Artículo aparecido en *El Araucano* del 3 de octubre de 1834.
- BELLO, Andrés, Discurso de Instalación de la Universidad de Chile. Véase *El Movimiento Literario de 1842*, vol. I, selección y notas de Julio Durán C., Ed. Universitaria, Santiago, 1957, p. 78.
- GARCÍA BACCA, D., Filosofía de la Gramática y Gramática Universal según Bello. *Revista Nacional de Cultura*, N° 65, 1947.
- JIMÉNEZ, Julio, Andrés Bello visto en cuanto filósofo. *Revista Mapocho* N° 3, 1965.
- LASTARRIA, José Victorino, Recuerdos literarios. *Zig-Zag*, Santiago, 1968, p. 70.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, Historia de la poesía hispanoamericana. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1948, tomo I, p. 384.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, Manual de Gramática Histórica Española. 8ª edición, Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1949.